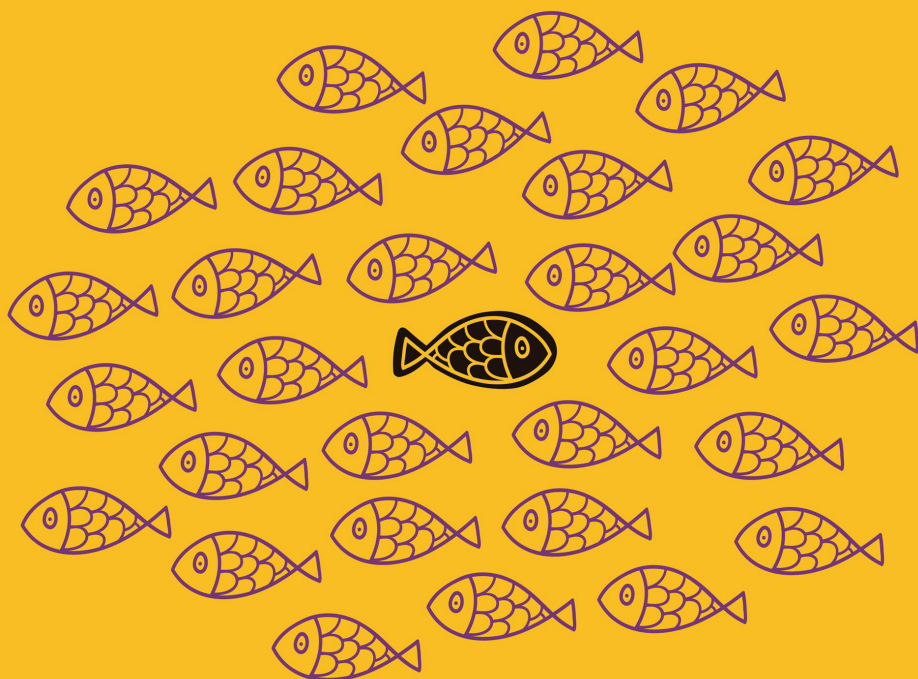


Violeta Vazquez

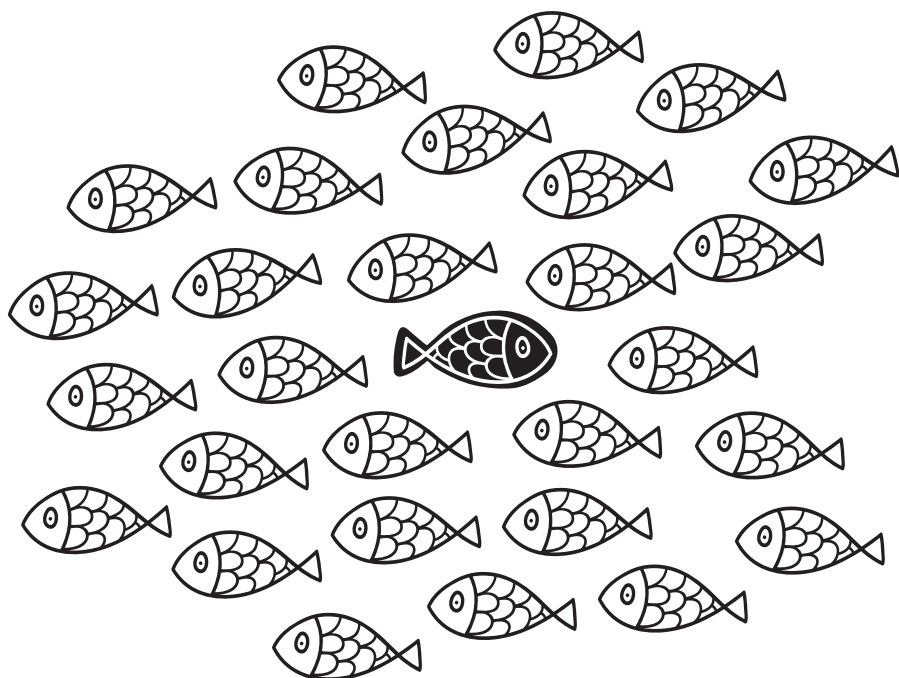
BASTA DE REPETIR LA HISTORIA FAMILIAR



Aceptá tu pasado tal como fue
y transformá tu presente

Violeta Vazquez

BASTA DE REPETIR LA HISTORIA FAMILIAR



Aceptá tu pasado tal como fue
y transformá tu presente

Aclaraciones	7
---------------------------	----------

Prólogos	11
-----------------------	-----------

PRIMERA PARTE

El libro de mis roles, todos marcados en el cuerpo	27
--	-----------

Hija	29
Adolescente	47
Sexual, sangrante y abusada	55
Pareja, ex y amante	69
Madre	91
Comilona	111
Paciente e hipocondríaca	123
Fea	139
Ansiosa y depresiva	155
Maestra	169
Autocrítica, creyente y escéptica	177
Vieja y mortal	191

SEGUNDA PARTE

El libro de las mujeres que le pusieron el cuerpo	205
---	------------

La BioRizoma	207
El hilo conductor de la biografía	221
El aporte de las herramientas simbólicas	229
Historias basadas en hechos reales	245

La despedida. Rendirnos al misterio	295
--	------------

Agradecimientos	303
------------------------------	------------



PRIMERA PARTE

El libro de mis roles,
todos marcados en el cuerpo

HIJA

Miedo a todo

Apendicitis. Tengo siete años y me averiguo todos los síntomas y las maniobras de diagnóstico para la apendicitis. Es como la varicela, pero peor, un día te invade y terminás internada y operada. No podés hacer nada para evitarlo.

Ascensor. Tengo seis años y me quedé encerrada en el ascensor de un garaje en pleno verano santafecino. Desde ese día no subo ascensores de ningún tipo. Mi mejor amiga vive en el piso trece. Conozco todas las escaleras de la ciudad. Nunca visité la cupulita del Monumento a la Bandera.

Barcos, subtes y aviones. No pienso subir a ningún medio de transporte del que no me pueda bajar en la mitad del viaje, cuando me dé un ataque de arrepentimiento. Hago terapia conductista para poder tomar un avión y visitar a mi hermana en la Patagonia, tengo doce. La licenciada me lleva, supuestamente, a carretear (y solo carretear) en una avioneta, pero ya tiene contratado el vuelo bautismo. Parece que mi madre lo pagó por anticipado. Volamos: la psicóloga conductista, yo, y además una psiquiatra llamada Cielo, por las dudas de que me caiga mal el engaño.

Apocalipsis. Estoy segura de que en agosto de 1999 se termina el mundo. El día señalado no voy al colegio y examino el cielo imaginando cómo cae una bola de fuego y muero. Espero sea de pronto, por el golpe, antes de calcinarme. Me lamento por no haber podido ser madre antes del fin de mundo. Tengo catorce.

Vacunas. Estoy por ingresar a primer grado. Mi mamá y yo hacemos la cola en una farmacia, ahí vacunan para el ingreso escolar. Como me está por tocar el turno salgo corriendo a la calle, gritando: “Esa mujer no es mi madre, me quiere raptar”.

Tormenta. Tengo once. Me asusta que el cielo se ponga gris. Temo que la tormenta no me deje volver a casa o que el viento me vuele. Justo antes de que se largue a llover tomo el primer taxi que veo, esté donde esté. Me escapo del espectáculo de circo en el que estamos sentadas mi madre y yo, estoy segura de que la carpa no resistirá la tormenta y todos moriremos. Esta vez mi madre se enoja mucho y deja de hablarme durante días. Me siento culpable cuando el cielo se despeja después de una simple lluvia de verano.

Leucemia. Como el cáncer de huesos, es propio de niños y jóvenes. Ruego que pasen los años hasta llegar a los veintinueve porque disminuye la probabilidad de contraerlo. Cualquier moretón es indicio de cáncer en la sangre.

No tener para comer. Veo que mi mamá se queja de que no llegamos a fin de mes, pero toma taxis como medio de transporte regular y se compra todas las colecciones de arte que vienen con *La Nación* y el diario *La Capital*. Está gastando una fortuna en libros que no lee y dice “usar para trabajar” pero aún están envueltos en su plástico original. Me enoja cada vez que hace un gasto innecesario. Pienso administrarle el sueldo.

Si mamá se muere. Tengo cinco años y le pido el teléfono de la empresa de emergencias por si le pasa algo. Sentiría terror al ver su cuerpo muerto y no poderla despertar. Si ella se muere yo no seguiría viva, sin ella no hay nada. Fuma, y mucho. Cuatro paquetes por día de Le Mans suaves largos. Si tiene un breve despertar nocturno se levanta a fumar. Estoy segura de que pronto morirá de cáncer de pulmón. Me arrodillo rogándole que deje. Escondo y tiro los cigarros. Se los encuentro en los escondites más rebuscados. Deja de fumar cuando cumpla doce, porque la operan de un supuesto cáncer de ovario que termina siendo benigno. ¿Si muero yo por fumadora pasiva durante doce años? Todavía temo.

Vomitara. Tengo cuatro. Cada viaje a Buenos Aires para visitar a mi papá vomito. Mi madre me lleva un té con leche en mamadera y una toalla para limpiar el vómito. Ahora tengo trece y tomo Sertal cada noche. Me levanto a la madrugada con el vómito en la garganta. Hago cualquier cosa para no vomitar. Camino alrededor de la mesa rogando que pase. Cuando mi papá me lleva de vacaciones con su mujer, las náuseas empeoran. Nadie me cree que estoy por vomitar y que yo no sé cómo se hace, que me da terror.

Si mamá no llega. Hace cinco minutos que tendría que estar de vuelta. Ella sabe que me pongo así, por eso me pone una hora máxima alejada de la que piensa que va llegar en realidad. Si todavía no está acá es porque tuvo un accidente. Seguramente chocó con el taxi. Le hice una tarjeta con el teléfono de casa para su billetera. Estoy desesperada en el balcón, no sé dónde está y no llega. Empiezo a buscarla por los bares y los sitios que frecuenta. Cuando llegue, la mato. Me siento perdida. Le pido a Dios que, aunque sea, me la deje viva hasta mis treinta, o hasta que tenga mis hijos. Ahora tengo ocho. Ella nunca fue puntual.

Serpientes. Cuando pienso en ellas cierro las piernas instantáneamente. Me lleno de asco. Dicen que mi inconsciente las asocia con un pene. Necesito que tenga patas y que no se arrastre.

Alimentos vencidos. Abundan en la heladera de mi madre. Siempre verifico las fechas de vencimiento. Por suerte es algo que se puede controlar.

Atardecer. Hay un momento del día en el que la vida no tiene ningún sentido y no sé si llegaré cuerda a la noche. Si es invierno o domingo empeora sustancialmente. No hay nada para ver en la televisión. Cuando vuelvo a casa y atardece, no quiero entrar, no quiero cruzar la puerta. Seguramente alguien me va a abandonar ni bien llegue a casa. Estará oscuro y frío.

El mar. Soy la única niña sentada en una reposera, esperando que los demás vuelvan de su fiesta de olas en el mar. Una vez me revolcó una ola. Todo el agua de un océano dentro de mi nariz. Me encantaría animarme, pero más me encantaría que vengan a buscarme, a decirme que el mar no es lo mismo sin mí. Les da igual, ellos disfrutan. Pasan las horas.

Tragarme una espina. No como pescado para evitar accidentes. Hoy le ruego a mamá que me lleve a una guardia pediátrica porque encontré un tenedor sin un diente. Estoy segura de que me lo tragué.

Caída del pelo. Me estoy quedando pelada. No es normal. Día a día voy perdiendo más. A la gente no le parece que pelarse sea algo alarmante. Claro, no es la cabellera de ellos, es la mía.

Frío. Es otoño y sufro de solo pensar lo que me queda hasta el verano. Me preocupa salir en uniforme de pollera a las siete de la mañana. Seguramente sentiré ese “frío de agosto en los huesos como un bisturí”. Posiblemente me resfríe y, si tengo mala suerte, desarrolle una bronquitis que mal curada se transforme en pulmonía.

Engordar. Tengo diecisiete. Soy modelo y no me entra la ropa que me eligieron para el desfile. Jamás pude ver mi pubis sin correrme la pancita. Empiezo una dieta en la que voy eliminando algunos alimentos. Cuando adelgazo tengo terror de volver a engordar. Peso cuarenta y dos kilos. Dos años después, peso sesenta. Después de cada dieta, un atracón.

Si mamá se enamora. Tengo ocho. Vamos a un casamiento. Al novio se le ocurre bailar con mi madre. Me da un ataque de celos. Pienso cómo fugarme de casa ya que es evidente, nadie me quiere. Por el momento me fugo del salón de fiestas. Salgo corriendo por un campo oscuro mientras se alejan las luces del festejo. Espero que mi madre me esté buscando, desesperada,

y que cuando me encuentre me pida disculpas. Ojalá me diga que no necesita bailar con nadie más que conmigo, y que soy lo que más quiere en el mundo.

Si todo sale mal. Es lo más probable. Que el día de mi fiesta de cumpleaños al aire libre, llueva. Que me tomen lo que no estudié. Que no me aprueben el capítulo del libro. Que mis hermanos no me quieran conocer. Que mi novio se enamore de otra.

Si todo sale bien. Hay que estar atenta, a toda calma se le aproxima un huracán y a toda cucharada de cal, una de arena. Que todo salga bien es un mal pronóstico.

No poder dormir. Tengo ocho. Tengo quince. Tengo veintuno. Tengo veinticuatro. Llevo más de veinticuatro horas sin dormir. Mi cuerpo está cansado y me aterra que llegue la noche y vuelva a pasar lo mismo. Todos duermen. La ciudad se detiene. Yo no puedo. Consulto a todos los gurús y tomo todas las medicinas. Ninguna sirve.

La quemada. Es un personaje de una novela que ve mi tía Dorita. Está escondida en una habitación de la mansión, a oscuras y solo la visita la sirvienta que en realidad es su verdadera madre. Está quemada, se le ve media cara y lleva una máscara tenebrosa. Cuando atravieso una habitación oscura no puedo evitar pensar que ella se va a aparecer delante de mí, toda deformada.

Pasarme en el colectivo. Necesito levantarme dos o tres cuartos antes y quedarme cerca de la puerta para que el colectivo no se olvide de mí, de que quiero bajar.

Dentista. Tengo doce y me duele demasiado. No quiero ir al dentista, pero me duele mucho. Mucho. Es insoportable. Cuando me obligan voy y me encuentran veinte caries. Me hacen dos extracciones de muelas definitivas y cuatro tratamientos de conducto. Voy al dentista todas las semanas durante diez años.

No ser la elegida. Cada *casting*, una desilusión. Lucía, mi mejor amiga de la escuela, es más inteligente que yo. Maia, mi mejor amiga de la agencia, es más bonita y atractiva que yo. Paula, mi mejor amiga de jardín, es la preferida de la seño Daniela, aunque nos lleva a dormir a su casa a las dos. Agustina, mi mejor amiga de teatro, es de quien gusta mi hermano. Cuando mi hermano y yo estamos en la casa de mi papá, él es el preferido. Cuando estamos en la casa de mi mamá, también. Cuando mi madre estaba embarazada de mí, era la amante y ya sabía que mi padre jamás dejaría a su esposa. Cuando mi madre era chiquita recuerda que su hermana era “rubia de porcelana” y ella “la morochita”. Cuando mi madre era chica acompañaba a su padre al burdel y lo esperaba mientras se acostaba con otras mujeres. Cuando mi padre creció supo que era hijo de su padrino y no de su padre.

La anestesia. Posiblemente sea como dejarse morir. Perder todo control. Estar en manos de otros, a la buena de Dios.

Las drogas. Nunca las probaría, si me gustasen me volvería adicta, dejaría de levantarme cada mañana. Una vez que algo se me hace compulsivo, como comerme las uñas, no hay psicólogo que me salve.

El alcohol. Si me cae mal podría vomitar. Tengo veinte, nunca probé ni un sorbo, ni *champagne* para brindar.

La colonia de vacaciones y el club. La seño me puede obligar a meter la cabeza bajo el agua. Tendría que hacer deportes que no me salen y sería víctima de *bullying*. Si tengo un problema no van a llamar a mi mamá. No tengo amigos.

Cambiar de colegio. Ya me cambié una vez y tardé más de dos años en dejar de ser “la nueva” y empezar a pasar desapercibida. Odio cada día de clases, pero no pienso cambiarme, puede que no supere la adaptación.

Mi madre me escribe: “Hace unos meses, llorando dijiste que no soportabas mi dolor. Eso mismo siento yo con tu miedo.

Convivir con él es un trabajo cotidiano, es Alicia cortando la cabeza del Jabberwocky con la espada Vértica. Los psicólogos lo llaman afrontación, adaptación y a veces sobreadaptación. Nadie dirá que no lo hemos intentado. Tuvimos amores, hombres, hijos, libros, charlas, alumnos, pacientes. Yo me perdono porque es el esfuerzo de mi vida y vos a los treinta ya deberías computarlo como valentía. Galeano diría que para unir la mente con el cuerpo hay que perder el miedo. No creo que yo lo pierda, pero afrontarlo es la tarea. Fue mi lucha de actriz, de docente y funcionaria, todas tareas para estar en la trinchera del miedo y ponerse la armadura. Es tan bello verte en familia, con tus hijos como cachorros semidesnudos, tan pleno, tan simpático. A veces vivo al miedo como una enfermedad genética. Toda una barbaridad”.

Esto del miedo, en mi familia, viene de larga data. Parece más bien una lealtad invisible. Un lugar para seguir contando que nos parecemos y pertenecemos a la misma tribu. La tribu de ser lo que se quiere ser, con un resorte de base, un insondable miedo.

¿Y si algo del miedo tiene que ver con mi esencia? ¿Y si esa manía con que llegue el día en que el “camino espiritual” elimine los miedos es una utopía? ¿Y si el miedo se mereciese ser alguien divino en mi vida? ¿Y si se pudiera ser plena aun con el miedo? El miedo es un trocito pastoso atravesado en mi diafragma. No tiene mucha importancia miedo a qué. Es más bien un compañero. Un ser, no un estar. Una parte de mi cuerpo que es alarma, y que suena muchas veces por día. Una alarma que sería estúpido extirpar. Una alarma que solo, pienso, tal vez, suene cada vez más suave y mejor.